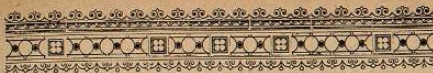


que el arte, y se ha de privar de esta libertad á la reina de todas las artes, la elocuencia? Cuantas son las materias de que se ha de hablar, las circunstancias de lugar y tiempo, las pasiones y afectos del corazón, las virtudes, los estados del alma, que son poco menos que infinitos, tantas son las formas, ó llámense moldes ó padrones, que se pueden y deben emplear. Por esta causa todas las preceptivas son deficientes; sirven, no obstante, dice Quintiliano ¹, con tal que enseñen el camino recto, mas no si estrechan dentro de un solo círculo ó esfera: *Sed adjuvantur his quoque* (habla de las preceptivas), *si tamen rectam viam, non unam orbitam monstrant*. Buena es la calzada; mas si no puedo ir por ella,ogeré el atajo; bueno el camino más derecho; pero, si los torrentes desbordados han roto los puentes, buscaré un rodeo; bueno es entrar por la puerta; mas, si ésta está ardiendo, penetraré por la ventana. Toda esta sentencia es de nuestro M. Fabio Quintiliano, y la misma repitió quince siglos después el Fabio cristiano Fr. Luis de Granada, asentando este gran principio: *Hoc enim solum in hac disciplina perpetuum est, quod nihil perpetuo fieri debeat; sed pro ratione evangeliorum, temporum et auditorum, omnia dicentis consilio varianda sunt* ².

¹ De Institut. Orat., lib. II, cap. 13, n. 16.

² Lib. IV, cap. 4.



DISCURSO TREINTA Y CINCO

LA PASIÓN DE N. S. J. C.

O vos omnes, qui transitis per viam, attendite et videte, si est dolor sicut dolor meus.

¡Oh vosotros los que pasáis por el camino, contemplad y ved, si hay dolor comparable á mi dolor!

(THESS., I, 12)

EXORDIO

Por ex abrisio de amarga ironia

ALEGRAOS y regocijaos en este día de amargura y desolación, alegraos y regocijaos; habéis vencido, pecadores. Entonad vuestros himnos de victoria, alborozaos y enorgulleceos en vuestro triunfo; ya vuestros malvados propósitos han tenido cumplimiento. Con vuestros pecados y obstinación maldita os empeñasteis en lanzar del mundo al cordero sin mancilla, al unigénito Hijo del eterno Padre; porfiasteis en ultrajarle, en hollar su nombre, en que á todo trance muriese. Y murió, y acaba de ser arrancado, tal ha sido la violencia de su apartamiento, y acaba de ser arrancado de la tierra de los vivientes: *Abscissus est de terra viventium* ¹. Y heme aquí que vengo atónito de la cumbre del Calvario á traer os tan regocijada nueva, y á haceros saber por cosa certísima cómo el Salvador del mundo, á vista de muchedumbre innumerable, desnudo, desamparado, horriblemente escarnecido, y después de tres horas de penosísima agonía, ha exhalado el postrer aliento enclavado en una cruz. ¿Estáis ya satisfechos, oh despiadados pecadores?

Prébase por enbajada.

¹ Is., LII, 8.

y visión lúgubre: ¿Estáis contentos, oh crueles? ¿Qué más queréis? ¿Por ventura asistir vosotros mismos al lamentable espectáculo, y contemplar con vuestros ojos aquellas lenguas aberturas que abristeis con ajenas manos, aquella sagrada cabeza espinada con vuestra soberbia, aquellos labios amargados con la hiel de vuestras detracciones y maledicencias? Venid, pues, y subamos al monte del Señor: *Venite, et ascendamus ad montem Domini* ¹, que quiero daros gusto y ser en esta dolorosa jornada vuestro guía; si bien, llegados al Calvario, creo, pecadores, que, por grande que sea vuestra dureza y desalmamiento, no podréis contener las lágrimas.

Del rey Seleuco cuentan las historias que cuando, derribado del trono y expulsado de su reino, yacía náufragos y desnudo en la desierta playa, adonde lo arrojó la tempestad, sus antiguos y rebeldes vasallos fueron allí á cebar su crueldad con vista tan lastimera. Mas, como le viesen tendido sobre la arena, solo, abandonado, marchito, sin un andrajo con qué cubrirse, sin un mendrugo de pan que llevarse á la boca, sin lumbre con que dar calor á sus miembros ateridos, moviéronse, sin estar en su mano, á tanta compasión del malogrado príncipe, que, trocados los corazones, lo alzaron de la arena, tomáronlo consigo y lo volvieron al trono; y de cual manifestamente se colige que hay delitos tan atroces que jamás hombre los cometería, si conociere su fealdad ó percibiese de antemano sus amargos dejos. Esto mismo se me figura que haríais vosotros en el presente día respecto de vuestro Rey y soberano dueño, á vivir su Majestad necesitado de socorro.

Mas ¡oh golpe y calamidad incomparable!; vuestro bendito Salvador, no sólo ha sido lanzado al mar amargo y espacioso del padecer, mas hanle sumido las bravas olas y anegádole totalmente; y veisle aquí cadaver, desangrado, sin huelgo ni señal de vida. Por crueles y empedernidos que seáis, es fuerza que sintáis moverse las entrañas de dolor y sentimiento. ¿Lo creeríais? Los mismos verdugos y atormentadores, que con sus manos rasgaron las de Jesús, y le desgarraron sus inocentes carnes, y le descoyuntaron los

¹ Is., II, 3.

huesos, desviábanse del monte santo, inclinada la cabeza y golpeándose el pecho, confusos y quebrantados de dolor: *Percutientes pectora sua, revertebantur* ¹. Y vosotros, de corazones ni tan fieros ni tan empedernidos, no os lastimaréis y derramaréis una lágrima de compasión? ¡Ah!, ya veo que asoma el llanto en vuestros ojos, indicios manifiestos y precursores de ardientes sollozos y entrañables gemidos; no reprimáis en este día vuestros afectos; llorad, desahogaos, que jamás hubo en el mundo ni habrá en vuestra vida lágrimas más provechosas ni mejor empleadas.

Porque ¿á quién imagináis que habéis dado muerte con vuestras culpas y demasías, oh crueles pecadores? Si os dijese que era el mancebo más hermoso que apareció en el mundo y la misma lindeza y hermosura, *Speciosus forma prae filiis hominum* ²; aquel en cuya frente residía la majestad sin sombra de ostentación; aquel cuyos labios destilaban miel de suavidad y dulcedumbre, nunca enojosa y siempre deleitable; aquel que atraía á sí con hechizo irresistible los corazones de la gente, y por seguirle dejaban las menestresales sus tiendas, los mercaderes sus negocios, y por etopeya las mujeres, olvidadas de su natural flaqueza, y los niños de sus juegos, y todos del comer y beber, iban tras Él dulcemente embelesados; aquel que nació para salvación de todos y perdimiento de ninguno; aquel que atravesó las villas y ciudades derramando favores y no dañando ni á una avecilla del aire ni á un gusarapillo de la tierra; aquel (para encerrarlo en una palabra) todo deseable y sobre todo encarecimiento amabilísimo, *Totus desiderabilis*; ³ si os dijese que tal ha sido el muerto por vosotros, el crucificado por vosotros, ¿no sentiríais viva lástima y entrañable compasión, aunque no os tocase su persona ni por vínculo de parentesco, ni en ley de amistad, ni por razón de gratitud á beneficios recibidos?

Mas ¿qué digo, si su precio sobrepuja todo precio? ¿si os toca por mil títulos y obligaciones? Miradle bien; Él es vuestro mismo Padre, Él vuestro Criador, Él vuestro conservador y sustentador. Él es, ¡oh misterio inefable!

¹ Luc., xxviii, 48.—² Ps. xlii, 3.—³ Cant., v, 46.

Amplificación á
mayor

del lloro de los ju-
díos.

Confirmación 2)
de la persona que
muere.

Títulos absolu-
tos,

por etopeya

y repetición em-
fática:

antítesis.

Títulos relati-
vos.

por congeries y
viva repetición
nes;

conclusión.

vuestro Dios. Aquel cuyos son todos los bienes que gozan todas las criaturas; este aire que respiráis, este sol que os alumbrá, esta tierra que os sostiene y alimenta, esta alma que os vivifica. Y ¿no es justo que en satisfacción de haber dado muerte á tan dulcísimo, piadosísimo é incomparable bienhechor, lloreis algunas lágrimas de amor y arrepentimiento?

Confirmación ² de los tormentos que padece

Si bien no me doliera yo que no os doliera la muerte de Jesús, á ser ella común y ordinaria en el padecer. Pero, ¡oh almas redimidas con dolores infinitos!, que **ella ha sido la más cruel que padecieron hombres en el mundo, la más horrenda, la más afrentosa que imaginarse puede.**

y tránsito á la proposición,

¿Y no os compadeceréis vosotros? Cuantas llagas miráis en el rasgado y purísimo cuerpo de Jesús, son otras tantas bocas por las cuales el Salvador nos habla y dice estando ya difunto: ¡Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, esperaos y contemplad si hay dolor comparable á mi dolor! *O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.* Como si dijera: ¿Por qué, oh crueles y desapiadados hombres, así pasáis sin dignaros dirigirme á mí una sola mirada de amorosa compasión? Ea, deteneos, y poned los ojos en este retablo de dolores, y si halláis que otro mortal ha padecido tantos como yo, llevaré en paciencia que sigáis vuestro camino sin dejarme en prenda y testimonio de buena voluntad ni una lágrima siquiera, siendo así que tantas y tan vanamente derramáis todos los días, ó al cuello de vuestros falsos amadores ó sobre el sepulcro de vuestros amigos y personas más queridas. Mas si vieréis que mis padecimientos traspasan todo humano padecer y que es grande, como el mar, mi quebranto, ¿será posible que no os quede ni un suspiro para mí?

Lloremos sin medida,

Esto vengo á pedirlos en nombre del divino Redentor. Detened, os ruego, por algún espacio las avenidas de lágrimas, hasta averiguar si ha habido jamás entre los moradores de la tierra quien, en punto á padecer, pueda compararse con la persona adorable de nuestro divino Salvador. *Si est dolor sicut dolor meus.* Si la halláremos en buena hora, no nos compadecemos ni lloremos; mas, si no la

pues fueron sin medida sus dolores.

halláremos, no me vengáis á consolar ni á decir que llore sí, pero con tasa y moderación: *Potum dabis nobis in lacrymis, in mensura*¹. Exceso tan desmedido pide llanto sin tasa ni medida. Llórese enhorabuena con medida la pérdida del hijo único, de la esposa muy amada, de los amigos queridísimos. La medida del llanto en la muerte del Unigénito del Padre, del esposo amantísimo, del amigo soberano, es llorarla sin medida.

Deprecación á la cruz.

Pero si así conviene sentir y llorar las postrimeras agonías del Hombre Dios, ¿dónde está la prodigiosa vara que, renovando las maravillas del desierto, hiera nuestros pechos de piedra y haga brotar esos raudales del insensible corazón humano? Tú serás, ¡oh madero sacrosanto de la cruz! A ti volvemos los ojos antes de emprender nuestra jornada, á ti nuestros espíritus disipados, á ti nuestras oraciones desmayadas. Tú, más poderoso que la vara del gran legislador, puedes ablandarnos con sola tu presencia. Permíteme, pues, que en nombre de todos mis oyentes invoque tu potencia, pidiéndote agua copiosísima: *Da nobis*

por desemejantes

por prosopopeya

*aquam*². Y ¿qué agua he de pedir, sino la más amarga que pueda brotar de corazón adolorido? De aquella vara que fué de ti figura y representación, recibieron los israelitas agua sabrosísima á par de miel: *De petra melle saturavit eos*³. Mas nosotros la deseamos amarguísima y desabrida, semejante á la hiel y vinagre que dieron á gustar á nuestro Dios sediento. Que es hoy día de luto, de tristeza, día de amargura y acerbo llanto. Y ¡ay del alma cristiana que en este día tremendo no se estremezca y llore!, porque escrito está, donde se figuraban estos sucesos, que la tal alma perecerá para siempre. *Omnis anima, quae afflicta non fuerit die hac, peribit de populis suis*⁴; no, no será contado entre los escogidos de su pueblo. Haz por el contrario, ¡oh poderosísimo madero y árbol de salud!, que cuantos nos hemos cobijado á tu bendita sombra nos deshagamos en copioso llanto, mientras que yo, adorándote profundamente, me atrevo á decir de ti aquellas palabras de la Iglesia: *Quo*

y conculpación:

agua de lágrimas;

¡ay del que no llore!

afectos de

¹ Ps. LXXIX, 6. — ² Ex., XVII, 2.³ Ps. LXXX, 17. — ⁴ Lev., XXIII, 29.

fonte manavit nefas, fluent perennes lacrymae, si virga poenitentiae cordis rigorem conerit: De la fuente misma de donde manaron los pecados brotarán perennes lágrimas, si la Vara de la penitencia llega á quebrantar la dureza del corazón.

de dolor.

PRIMERA PARTE

O vos omnes, qui transitis per eiam, etc.

Causas de la Pasión.

Antecedentes.

II

Arg. 1.^o
Cuerpo santísimo de Cristo.

No se me oculta, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, que otros muchos padecieron en el mundo dolores acerbísimos. Pero ¡qué enorme diferencia! Unos los pasaron en el cuerpo, mas no en el alma; otros en el alma, pero no en el cuerpo. Sólo Jesucristo fué atormentado en el cuerpo y en el alma, y tan rigurosamente, que es llamado por excelencia Varón de dolores, y que sabe de enfermedades:

padeció más que nadie en el alma.

Vir dolorum, et sciens infirmitatem. Porque si miramos su alma benditísima, ¡oh, con qué fiereza y ensañamiento embistieron en ella y la despedazaron toda, á manera de rabiosos perros, el miedo, y la congoja, y el hastío, y el sobresalto, y la zozobra, y la desolación, y el ¡ay! agudo y la agonía prolongada! Y si ponemos los ojos en su inocentísimo cuerpo, no hallaremos en él parte sana, ó libre del rigor de los tormentos. Que tal es la fuerza espantosa de aquella profética expresión: *Attritus est propter scelera nostra.*

(polisíndeton)

y en el cuerpo,

por autoridad

Ha sido como majado y desmenuzado por nuestras maldades. Los ojos hundidos á puñadas, las mejillas cárdenas y amortecidas con el golpe de las bofetadas y suciedad de las salivas, la garganta seca, la boca aheleada y todo el rostro feamente maltratado. Para tormento de su sagrada cabeza, hincáronle agudísimas espinas, los pies y manos fueron enclavados y desgarrados con garfios de hierro, los brazos ceñidos y apretados con sogas y cordeles, abrumados los hom-

y enumeración de partes.

bros con el peso de la cruz, y aquel cuello de blanquísimo alabastro fué desollado por la violencia con que le arrastraban aquellos sayones del infierno, como si fuera vilísimo jumento. Estiráronsele y pasmáronsele los nervios cuando le tendieron en el leño y no tenía sobre qué estribar; finalmente, con la horrible tempestad de los azotes le despedazaron todo el cuerpo y sembráronlo de llagas de los pies á la cabeza, de suerte que todo él, bañado y arrojado en sangre, parecía una espantosa llaga. *Vidimus eum, et non erat aspectus:* Vímosle, y no tenía aspecto ni figura de hombre.

Idea de sentido maticado.

Mas no créas que haga mucho hincapié en esta muchumbre de dolores, porque bien sé que en otros hombres no fueron menores los tormentos, así en número como en rigor y terribilidad. Mas dígoos que en los otros cuerpos no fueron tan agudos los padecimientos, por ser el de nuestro Señor Jesucristo el mejor compuesto y de complexión delicadísima, y por lo mismo, considerada su natural hechura y la trabazón maravillosa de sus órganos, y la templanza y concierto de los humores, el más sensible y alterable de cuantos se forjaron ni forjarán nunca en las generaciones por venir. Las cosas que hace Dios por vía de milagro son acabadas y muy cumplidas en su especie. Mirad, si no, ¡qué sabroso fué el maná llovido milagrosamente en el desierto!

Tránsito, por corrección, al argumento.

El cuerpo de J. C. fué el más sensible y delicado.

Luego fueron incomparables sus dolores.

Antec. 2.^a causa eficiente.

¡Cuán exquisito el vino con que proveyó Jesús á los convidados de Caná! Y si damos fe á los sagrados intérpretes, fué gustosísimo y el más substancioso del mundo aquel pan con que hartó su Majestad á las turbas que le seguían. Aho-

Hizo lo Dios inmediata y milagrosamente sus.

B^o

ra bien; si en aquellas obras, de suyo tan terrenas, puso Dios tanto primor y excelencia, porque salían inmediatamente de sus divinas manos, ¿qué primor y delicadeza, qué perfección y cualidades de cielo no daría á aquel cuerpo sacratísimo, que el mismo Señor amasó en las limpias entrañas de la Virgen para ser templo vivo y vestidura purísima del alma más perfecta, noble, hidalga y generosa que produjo su soplo creador? De ninguna manera puede sostenerse, exclama Santo Tomás, que no fuese por todo extremo más cabal y delicado aquel cuerpo, fabricado sobrenatural y maravillosamente, que no los producidos por vía ordinaria de naturaleza: *Quae enim per miracula facta sunt,*

Consecuencia a pari, de otros efectos milagrosos.

A causa formal

y autoridad de Santo Tomás.

fuerni alius potiora ¹. Conjeturá, pues, cuán vivos estarían sus sentidos á las impresiones violentas de las cosas exteriores, cuán blandas y delicadas sus carnes virginales para sentir la crudeza é ímpetu de los azotes, qué gusto tan fino para percibir y saborear en la amargura de la hiel, qué despierto su sentido del oler para atenderse con la hediondez y podredumbre.

Conclusión por
comoración.

¹) A causa final.
Su cuerpo fue
criado expresamente para pa-
der:

Y advertir, en confirmación de esta verdad, una diferencia de gran ponderación ya notada de varones en cantidad y letras muy ilustres; es á saber: que el sagrado cuerpo de nuestro adorable Redentor fué señaladamente formado para padecer, lo cual no acació con los demás. Porque, puesto caso que ahora vivimos sujetos á innumerables molestias y penalidades y á la misma muerte, mas no fué ésta la mente de Dios en nuestra primera formación; antes al contrario, en orden á preservarnos de las molestias, á que todavía quedaba expuesta la humana naturaleza, había aparejado á cada uno, allá en el paraíso terrenal, determinada especie de manjares, tal temperatura del ambiente, tal influencia de los cielos, vientos sujetos á tales leyes, estación tan templada, que no sólo no lastimase y desazonase nuestros cuerpos, sino que nos hiciese impasibles é inmortales. *Creati- vii Deus hominem inextremabilem* ². Pero, por más que averigüéis, á fe, cristianos, que ni en la tierra entre sus habitantes, ni en el cielo entre los ángeles, ni en los abismos del infierno entre los demonios y condenados, no hallaréis criatura ninguna derechamente y de primera intención y de propósito sacada por Dios al mundo á fin de padecer, fuera del cuerpo del Señor, quien tomó carne y vistióse de nuestra mortalidad para morir por nosotros. Vino para dar su vida en rescate y redención de muchos: *Veni dare animam suam redemptionem pro multis* ³. He aquí el hombre formado por la diestra del Altísimo para derramarse en él, como en espaciosísima madre, el río impetuoso de dolores y afrentas, de ultrajes y baldones con que limpiar este suelo maldito de la asquerosidad de nuestros pe-

a contrario de
nuestros cuerpos:

distribución é in-
ducción univer-
sal,

directamente, por
autoridad

y descripción.

Conclusión por

repetición é imá-
gen

¹ 3 p., q. 46, art. 6 in corp.—² Sap., II, 23.

³ Matth., XXI, 28.

cados; he aquí el venerable cuerpo soberanamente fraguado en las entrañas de la Virgen, y todo él compuesto, ya por lo apurado de la sangre, ya en la sutileza y delgadez de los humores, ya en la terneza de los miembros y blandura de complexión, en orden á sentir y padecer.

Confirmación por
testimonio ilus-
tre.

Ni faltan en comprobación de ello testimonios de las sagradas letras. Porque, donde el Salmista dice en boca de Jesucristo: *Sacrificium et oblationem nolui, aures autem perfecisti mihi* ¹: Sacrificios y víctimas no los quisiste, pero me diste oídos obedientes, para denotar el rendimiento con que se ofreció Cristo á la ley del padecer; el Apóstol lo entiende así: *Hostiam et oblationem nolui, corpus autem ap- tasti mihi* ². Hostias y ofrendas de animales no las quisiste, Señor, pero me diste cuerpo acomodado; para dar á entender la aptitud y proporcion al fin de su venida, que fué padecer y morir en un madero, para salvación del mundo.

según David.

según San Pablo.

Decidme, pues, ¡oh delicadísimas carnes de mi amado Jesús!, ¿qué dolor fué el vuestro cuando se desencadenó de golpe y bravamente aquel recio torbellino, que no os dejó parte alguna que no lastimase é hiriese y despedazase? Una espina que se clava impensadamente en el pie, no sólo fuerza á prorrumpir en ayes de dolor á mujeres flacas y niños delicados, más aun embravece á las mismas fieras, que corren desatinadas y rugiendo por las selvas. ¿Qué harían, pues, benignísimo Jesús, setenta y dos espinas tan agudas, no hincadas en la planta callosa y endurecida, sino en la cabeza, en las sienes, en el mismo cerebro, donde es mortal cualquier herida ligerísima? ¿qué aquellos clavos largos y esquinados que desgarraron vuestros sagrados músculos? ¿qué aquellos sangrientos azotes que araron vuestras espaldas y ahondaron hasta que se descubrieron las entrañas? Demos que en otros fuesen más prolongados los tormentos, pero en ninguna criatura fueron tan intensos y terribles.

Amplificación de
dolor

por apóstrofe ter-
nísima.

resaltada por com-
paración á misor?

caumeración
lastimera.

Conclusión.

¹ Ps. XXXIX, 7.—² Hebr., X, 5.

Arg. 3.^o
Duración de la
Sagrada Pasión.

III

Comenzó J. C.
de a de el primer
instante de su vi-
da.

Luego fue in-
comparable.

Antec. por au-
toridad:

a) porque vio to-
dos sus dolores
distintamente.

(por enumeración)

y repetición en-
sística)

infinitamente:

Ampliación a
contrario,

Mas decidme, cristianos, ¿en quién duraron tanto tiempo los padecimientos? Nadie se imagine que la Pasión del Salvador no tuvo más duración que la que estuvo en poder de las tinieblas y entre las garras de los verdugos y sayones. No, hermanos; entonces más bien se concluyó. El comienzo del padecer fué el comienzo del vivir. Desde el primer instante de su concepción vió aquella alma santísima la horrible escena de sus padecimientos venideros, conforme á aquello del Profeta: *Dolor meus in conspectu meo semper*¹. Mi pasión estuvo siempre delante de mis ojos. Ni la aprendió confusa y vagamente, como nosotros las cosas por venir; antes bien, así como todo lo pasado y venidero estaba presente á su divino entendimiento, así también lo estaban todos los martirios é instrumentos de la pasión. Allí vió los golpes que habían de descargar en él; allí las bofetadas, los pescozones y malos tratamientos; allí cuantas espinas taladrarían su sagrada cabeza, cuantas inmundas salivas afearían su rostro, cuantas mofas y baldones, cuantas descortesías y denuestos le dirían; allí la madre piadosa, y la desnudez vergonzosa, y la lanza cruel; allí estaban todos estos cuchillos tan presentes como cuando los vió con sus ojos el mismo viernes de la cruz. Por manera que á este clementísimo Señor, lo mismo fué contemplar este ejército de martirios desde lejos, que á nosotros verlos de cerca y sobre nuestras cabezas.

Y todavía más: comoquiera que, si acontece hallarnos en dura cárcel y convictos de delito grave, puede quedarnos alguna esperanza ó de huir improvisamente y de secreto, ó de comprar nuestra libertad á fuerza de dinero, ó de acogernos al valimiento de algún poderoso que interceda por nuestra mala ventura, como el copero por el desdichado José, recludo en obscuro calabozo; y si esto no, aún podemos esperar que por ventura ablandaremos al juez con la-

¹ Ps. xxxvii, 18.

mentables súplicas y á los ministros con dádivas ó promesas. Mas Jesucristo sabía punto por punto todo lo que debía sucederle: *Jesus autem sciens omnia, quae ventura erant super eum*¹, como advirtió el Evangelista San Juan. De aquí, y qué congojas, qué perpetuo sobresalto y pesadumbre agobiaría á aquella alma benditísima día y noche con la presencia é imaginación de tantos males y muerte tan afrentosa, cuando se sabe que, al solo oír de la fatal sentencia, unos súbitamente encanecieron, otros perdieron el sentido, aquellos murieron allí mismo, y otros, con accidentes terribísimos, dieron á entender cuánto puede la sola aprensión del mal y representación de la muerte. Ya no me maravillo que nadie le viera reír, pues bien podía quejarse con las palabras del Profeta: *Tota die contristatus ingrediebar*²: Todo el día y todos los instantes de mi vida andaba triste y congojado; y como se lee en otro pasaje: *Defecit in dolore vita mea, et anni mei in gemitibus*³: Deslizóseme y desfalleció mi vida entre dolores y corrieron mis años en gemidos.

Figuraos por un momento qué gozo hubiera nunca disfrutado en vida el infelicísimo rey Baltasar, que fué cosido impensadamente á puñaladas en su cama, si desde niño hubiese visto siempre contra sí aquel puñal desvainado que le habían de clavar en el cuerpo. ¡Desventurado Sisara, si siempre viera ante los ojos aquel clavo que le había de atravesar las sienas junto al torrente de Cisón! ¡Infortunado Abimelec, si hubiese siempre tenido á la vista, sin poderla desviar, aquella maza formidable que le había de aplastar y magullar el cerebro bajo la torre de Tebes! Y ésta fué de Abimelec. mi vida, exclama nuestro pacientísimo Salvador: *Dolor meus in conspectu meo semper*. Mi pasión estuvo siempre delante de mis ojos. Siempre, sí, siempre: desde la hora y punto de mi concepción, hasta que derramé por vosotros la última gota de mi sangre. Velando y durmiendo, ya caminando, ya estuviere sentado, y todos los momentos que viví, traje ante los ojos mis martirios y mi muerte. ¡Oh cuántas veces repetiría aquellas dolorosísimas palabras: *Conculcave-*

¹ Joan., xviii, 4. —² Ps. xxxvii, 7.

³ Ps. xxx, 11.

y argumentación
á priori

confirmada por
testimonios.

Por acción y
ejemplos bíblicos.

de Baltasar,

de Sisara,

de Abimelec.

Aplicación al Sal-
vador,

rumt me inimici mei tota die ¹: Holláronme mis enemigos todo el día. *Circumdederunt me tota die* ²: Todo el día embistieron contra mí y me cercaron. *Tota die exprobrabant mihi* ³: Durante todo el día me escarnecían y mofaban. *Tota die verba mea execrabantur* ⁴: Todo el día estaban escupiendo mis palabras. Y asimismo aquella sentida queja: *Fui flagellatus tota die* ⁵: Fui azotado por todo el día. Y ¿fue así, por ventura, que duraron todo el día los azotes del Redentor? No, cristianos, que ni de día fueron, sino al rayar el día, como lo testifica el Profeta: *Et castigatio mea in matutinis*. ¿Qué quieren decir, pues, hermanos míos, estas lamentaciones sino que todos los días que vivió padeció por junto las penas y tormentos que más tarde fué pasando uno á uno?

conclusión.

Consecuencia notable.

y armonía de 33 años.

2) Un celo inmenso le atormentaba toda su vida.

Luego su padecer no tiene semejante.

Por esta razón dicen algunos Padres y doctores que aquellos temblores, aquellos desfallecimientos, aquellas bascas y agonías y luchas desgarradoras que probó el Salvador del mundo en el huerto de las Olivas no eran nuevas ni desusadas, antes muy frecuentes y mortales, y poderosas por su vehemencia á hacerle sudar sudor de sangré; sino que su Majestad, con el señorío que tenía de sus afectos y muestras exteriores, ya para renovarlos, ya para asegurarlos y reprimirlos, ordenaba que fuesen menos violentos para que pudiesen ser más duraderos. Decidme, pues: los treinta y tres años del vivir de nuestro Señor Jesucristo, siempre aguardando los martirios y la muerte, ¿qué fueron sino un linaje de martirio continuado y una muerte prolongada?

Mas ¿qué digo? Aunque esta pena no le atormentara, no bastaba para continuo tormento el celo de la honra del Padre y de la salud del mundo, el cual de verdad comía y despedazaba su corazón y le era martirio más cruel que el de la misma muerte? ¿Cómo se abrasaba en fuego de acerba indignación á la vista de las injurias sin cuento contra su Dios y Señor! ¿Qué torrenes de amargura recogeríanse en su pecho por espacio de treinta años con el conocimiento de las miserias de los hombres, sus infelices hermanos,

¹ Ps. LV, 3.—² Ps. LXXXVIII, 18.—³ Ps. CI, 9.

⁴ Ps. LV, 6.—⁵ Ps. LXXII, 14.

cuya mala ventura le desgarraba las entrañas de pura compasión! Para salvar el linaje humano de las aguas del diluvio, y vadear en frágil leño aquel mar sin riberas que habían formado, no menos que las rotas cataratas de los cielos y los rebasados diques de la tierra, las lágrimas de los naufragos mortales, fué escogido del Señor el piadoso Noé. Mas tuvo cuenta nuestro Señor, como nos lo aseguran las sagradas páginas, de cerrar con su propia mano la ventanilla del arca; y ¿sabéis por qué razón, en sentir del gran Crisóstomo? Para que no se le acreciese la pena con la vista lastimera de tan espantosa mortandad: *Et inclusit eum Dominus deforis* ¹, *ut non spectaculi tristis aspectu magis cruciaretur?* ². Sólo á Jesús abrió de par en par el Padre eterno las puertas todas y ventanas de su alma, á fin de que, ya antes de llegar el riguroso trance, viese y contemplase el estrago y asolamiento de los suyos, y no pudiese mirar á parte alguna sin encontrar aquí lágrimas, allí sangre, allá muertes, acullá trabajos mil veces más intolerables que la misma muerte.

Por imagen y exclamación.

Amplificación por semejanza contraria

de Noé á vista del diluvio:

autoridad

y distribución.

Si á la vista de su amigo Lázaro, difunto, dió tales muestras de turbación que no sólo prorrumpió en suspiros y sollozos, sino en ayes y como rugidos de dolor: *Infremuit spiritu* ³, ¿quién es capaz de comprender el quebranto del divino Corazón al representársele, como si presente estuviese, la carnicería y matanza de tantos mártires, de ellos asados en parrillas, de ellos desmembrados, de ellos aradas las carnes con surcos de hierro, de ellos degollados, de ellos atenaceados, de ellos ahogados ó despeñados, de ellos asaeteados, de ellos con otras maneras por su amor atormentados? ¿Qué sentiría aquel pecho misericordiosísimo al ver los trabajos de los apóstoles, las persecuciones de los doctores, las tentaciones de las vírgenes, las tristezas y desconsuelos de los justos? ¡Oh cómo le traspasarían el alma la perdición de algunos reinos de la cristiandad y la pujanza de las infernales herejías! ¿Cómo le entristecerían las tribulaciones que sus miembros habrían de padecer por la enemiga de los malos y perversidad de los impíos! Mas, señaladamente se

Vió los trabajos y martirios de los suyos. Luego,

Por enumeración trivial,

conduplicación

y similitudencia.

2) Vió la condenación de tantas almas:

¹ Gen., VII, 16.—² Hom. 25 in Gen.—³ Job, XI, 33.

le rompian las entrañas al representársele la condenación de tantos y tantos pecadores, los cuales no habían de querer aprovecharse del beneficio de su sangre, ni reconocer el tiempo de la divina visitación. «En vano he trabajado, se decía: de balde y sin causa he gastado mi fortaleza.» Por donde bien puede su dolor llamarse incomparable: *Non est dolor similis sicut dolor Christi*, porque tomó sobre sí no sólo las tristezas y dolores propios, sino también los ajenos, los cuales, en fuerza de la infinita caridad en que se abrasaba, sentía nuestro amorosísimo Jesús, como si él los padeciera: *Vere languores nostros ipse tulit: vere dolores nostros ipse portavit* ¹. Verdaderamente el Señor tomó vuestras pesadumbres y desmayos; verdaderamente el Señor cargó sobre sus espaldas el peso de nuestros dolores.

Largo su Pasión
fue la más profunda

¹ Incomparable.

IV

Pero dejando aparte esta Pasión interna que sufrió el dulce Jesús todos los momentos de su vida, y ciñéndonos á la que hoy por nosotros padeció, ¿visteis jamás hombre en el mundo contra quien de consuno se conjurasen todos los estados de la república, diferentes en condición, pero en el aborrecimiento iguales y concordos? Veréis en la historia de las humanas desgracias que, si unos fueron perseguidos por la justicia eclesiástica, salió á su defensa el brazo secular; si éste los persiguió, se acogieron á sagrado y se guarecieron en los templos. Contra unos se enfureció el pueblo, mas los amparó el monarca. Revolvieron contra ellos y arrojáronlos sus mismos naturales, pero los cobijó con su sombra el extranjero. Y tal es la índole de nuestra naturaleza, tan encontrados los intereses, tan arraigado el espíritu de contradicción, que no hay desgraciado ni perseguido que por el mismo caso no encuentre amparadores y abogados. El profeta Elías, perseguido por el furibundo Acab, halló una pobre viuda que luego le ofreció hospedaje y dióle de comer. David, acosado por Saúl, dió con un rey extranjero

Arg. 3.º
De la persona
de los atormentados.

a) ¿Cuáles?

Jamás hombre
en el mundo par-
deció de todo li-
raje de hombres

[por enumeración
y distribución.

inducción bíblica:
de Elías y David

¹ Is., LII, 4.

que le escudó contra las iras de su príncipe. Jefe, abandonado de sus crueles hermanos, tuvo la fortuna de hacersele encontrados ciertos vagabundos, los cuales le ayudaron en la demanda. El profeta Jeremías, maltratado de su pueblo, dió con un etiope compasivo que le socorrió en su necesidad. A la casta Susana, vilmente acusada por dos viejos calumniadores, deparó el Señor un discreto mancebo y bien avisado, que saliese por los fueros de la inocencia conculcada; y por el estilo podríamos contar innumerables. Sólo en el dulce Jesús falló la natural costumbre de los hombres é intervinieron en su muerte y maravillosamente se juntaron con lazos de infierno gentiles y judíos, bárbaros y romanos, nobles y plebeyos, sacerdotes y seculares, jueces y ministros, mozos y viejos, cuerdos y simples, sabios é ignorantes; los cuales todos, coaligándose entre sí y acatados por Lucifer, formaron aquel escuadrón de toros bravos y rabiosos perros, que embistieron y arremetieron con el Salvador, como él mismo lo lamenta por el Profeta: *Circumderunt me vituli multi: tauri pingues obsederunt me* ¹. ¿Qué cuchillo de dolor verse en el profundo de la abominación y vilipendio, y que su muerte era el desco unánime de aquel pueblo discorde y encontrado!

Gran maravilla por cierto y monstruosidad enorme, que se hallase en el mundo un solo hombre que desamase al benignísimo Jesús. Porque ¿quién, puesto caso que quisiera, sería capaz de aborrecerle? Con razón podía desafiar á las gentes y decirles: *Stemus simul: quis est adversarius meus? accedat ad me* ². Pongámonos frente á frente: ¿quién tiene razón para llamarse mi enemigo? ¿Acaso los príncipes y gobernantes? Pero ¡qué reverencia y acatamiento mostróles siempre, ora exhortando á su respeto y obediencia, ora aprobando que se les pagase tributo, ya aconsejando la unión de voluntades y juicios, ya la moderación y concordia, fundamentos de la prosperidad y público sosiego! ¿Tal vez los escribas y sacerdotes? Pero si encarecía de continuo la excelencia de su sagrada potestad. ¿Por ventura los fariseos? Mas ¡con qué ahinco no predicaba la sujeción á sus

de Jeremias y Susana).

Mas contra J. C. se armaron de todos estados:

por enumeración y autoridad.

Luego.

b) ¿Quiénes?

Los que no podía desamar al Salvador:

por ilustre prosopeya bíblica;

distribución

¹ Ps. xxi, 13.—² Is., l, 8.

leyes y mandamientos! ¿Puede que los publicanos? Mas ¿á quién no era manifiesto el cariño singular que siempre les profesó, á costa de su propio crédito y buen nombre? ¿Y el pueblo? ¡Oh!, el pueblo imposible que le quisiese mal, porque el piadoso Señor se desvelaba en provecho de él, y por él se afanaba y enflaquecía; enseñaba á los rudos, fortalecía á los flacos, consolaba á los tristes y afligidos, curaba sus enfermos, daba de comer á sus hambrientos y proveía misericordiosamente á su salud y bienestar; y de los nobles y poderosos, no podían malquererle los avaros, porque no estimaba sus riquezas; no los ambiciosos, porque no aspiraba á sus honras y mayorías; no los letrados, porque no los embarazaba en su camino ni se oponía á sus aplausos. Si compareció en su presencia una mujer sorprendida en adulterio, ¿no halló traza su clemencia como librarla de sus acusadores? Si vino á sus pies la pecadora, ¿no la absolvió y engrandeció su virtud?; y, en una palabra, ¿no pudiera, mejor que el santo Job, gloriarse justamente de haber sido en todo tiempo pies al cojo, luz al ciego, guía al descaminado, pan á los hambrientos, padre á los huérfanos, vida y resurrección á los muertos? Prodigio insigne, por tanto, y estupenda maravilla que se hallase un solo hombre que desconfiadamente aborreciese al Salvador. *Stemus simul: quis est adversarius meus? accedat ad me.*

Pues ¿qué es esto, hermanos míos, qué es esto, que de todos los estados, de todas condiciones, de todo culto, se levantan contra Jesucristo y creen y se multiplican sus feroces enemigos sobre los cabellos de la cabeza? *Multiplicati sunt super capillos capitis mei, qui oderunt me gratis.* ¹ ¡Oh prodigio sin igual! ¡oh pasmo! ¡oh bestial desconocimiento de los hombres! Para ajusticiar á los reos muy criminales apenas se halla verdugo á precio de dinero, mayormente si la ejecución ha de ser pública, á campo abierto y en presencia de la muchedumbre, por el horror que al corazón inspira tan triste ministerio. Mas para dar la muerte al Autor de la vida se ofrecieron tantos de su propia voluntad, que, si creemos á Santa Matilde, llegaron á quinientos los ver-

y subjección oratoria:

ecopeya del Corazón de Jesús,

sus misericordias con el pueblo:

Todos recibieron beneficios,

y todos se conjuraron contra él.

Luego:

¿) ¿Cuántos?

¡quinientos!

¹ Ps. LVIII, 5.

dugos y atormentadores; y con tal locura y ensañamiento, que porfiaban entre sí, como temiendo cada uno no le arrebatase el otro la gloria de haber muerto al Salvador del mundo. ¿Cómo?

Os horrorizáis de sólo oír que no ha muchos años se hallaron en el reino de Inglaterra vasallos tan ruines é insolentes, que tomaron atrevimiento para degollar en la gran plaza de Londres á su natural señor y príncipe D. Carlos. ¡Justo horror á desmán tan repugnante! Pero, al fin, aquellos desalmados aparecieron con disfraces y encubiertos, ni esperaron jamás justificar tamaña injusticia, ni evanecerse de tan espantosa villanía. No así en la muerte del Hijo de Dios. Desvergonzáronse contra Jesucristo, y erguido el cuello, y alzada la frente y á cara descubierta, le atormentaron y clavaron en la cruz: *Extulerunt caput* ¹, y se gloriaban en sus tormentos y agonías, como de triunfo y hazaña singular. A no ser que digamos que jamás así bastardeó y disfrazó sus instintos la humana naturaleza, como en el día tremendo de la Pasión, en que verdaderamente, á mirar los ojos, los semblantes, la furia de los sayones y sus ademanes descompuestos, parecían no hombres de carne, sino fieras ó demonios del infierno: *Deglutiamus eum, sicut infernum viventem* ², se decían: Traguémosle vivo, como el infierno á los condenados.

¿Y no os aflige considerar que entre la multitud de atormentadores se encontrarían muchos que habían recibido del Señor señaladísimas mercedes? Derramando su inagotable misericordia curó á unos la mano tullida, y la empleaban en mesarle la barba y arrancarle los cabellos; á otros restituyó el movimiento de los pies paralizados, y se servían de ellos para acocearle; escarnecíanle y mofábanle otros con aquella misma lengua muda que el Señor había desatado; el que veía por merced de aquel que alumbraba el sol y las estrellas, tapábale los ojos é insultaba á su magnífico dador; quien le debía la vida, gritaba *muerle* contra Cristo y le arrastraba á la montaña para ser allí crucificado, y con fiereza inaudita y enorme ingratitud revolvían todos con-

con porfia enconomiada:

(porejemplo á miseri desemeante)

le y desvergüenza inaudita:

(por hipotiposis bíblica)

¿) ¿Qué más especialmente?

Los más beneficiados y con el mismo beneficio;

por enumeración

¹ Ps. LXXXII, 3. ² Prov. 1, 12.

tra Jesucristo las gracias recibidas de Jesucristo. Así lo contemplaban los santos, entendiendo que de este desagradecimiento se quejaba, por ventura, nuestro Señor por aquellas sentidísimas palabras: *Retribuunt mihi mala pro bonis, et odium pro dilectione* ¹. Pagábanme mal por bien y aborrecimiento por amor.

Conclusión del argumento.

Pero confiésoos, amados oyentes míos, que no me armaría por esto á tan común interpretación, si no viese que uno de los discípulos más regalados, uno de los continuos de su escuela, y de los amigos más entrañables y privados del Salvador: *Homo unanímis* ², como le llama la Escritura, fué cabalmente el urdidor principal de aquella trama de iniquidad, y el que engrandeció contra su Alteza soberana las asechanzas y la muerte: *Et magnificavit super me supplantationem* ³. ¡Oh dulce Jesús mío!, ¿quién no se conolerá de tu miseria?

y transición perfecta.

Arg. 4.^o
De la persona del traidor.

No hubo en el mundo traición más infame. Luego.

Antec. por causa y circunstancias.

2) ningún traidor fué tan ensalzado

como Judas de J. C.

por comparación de otros traidores.

V

Porque, en hecho de verdad, hermanos míos, no hubo ni habrá en el mundo traición más espantosa. No ignoro que otros fueron víctimas también de horrible deslealtad; que á César hizo traición Bruto, Arbaces á Sardanápalo, Giges á Candaules, su muy allegados y favorecidos; mas no tanto como Judas del Redentor. ¿Quién de aquellos ilustres personajes había encumbrado tan altamente á su perverso amigo, ni admitídole á tanta gracia y valimiento, ni regaládole con tanta predilección? Tomóle Cristo villano, plebeyo, mendigo y miserable, y asentóle entre los doce senadores de su reino, destinados por Dios para establecer con obras maravillosas y gobernar con divino consejo el imperio más grande de la tierra. Aparejábale ya en su mente y en su corazón, como á columna de su Iglesia, adoraciones de mil pueblos, obsequios de sacerdotes, suntuosos templos, magníficos altares. Habíale otorgado amplísimo señorío sobre la naturaleza, sobre las enfermedades y dolencias, sobre la misma muerte. Había sujetado á sus pies las potes-

tades infernales, que se le rendían humildemente, y le obedecían temblando; y, para colmo de estima y confianza, había depositado en sus manos el escaso patrimonio que el Señor, en su voluntaria pobreza, poseía. Habíasele derribado á sus pies como vil esclavo; habíaseles lavado con pasmosa humildad, y besádoselos con ternura incomparable; y á fuer de buen amigo y amador ardiente y apasionado, llegó con invención divina á incorporárselo consigo y entrañarlo en su corazón, dándole participación íntima de su cuerpo, de su sangre, de su alma, de su misma adorable divinidad. Y ¿qué príncipe de la tierra hizo jamás sombra de estos regalos, ni ensalzó tan soberanamente á su traidor?

directamente por

enumeración é incremento.

Conclusión.

Mas proseguid, hermanos míos, y ponderad que, cuando los padecieron alevosías, fué por resultar de ellas notable ganancia á los traidores. Traidor fué Bruto, mas le deslumbraba la idea de restablecer la antigua libertad. Traidor fué Arbaces, pero contaba con el imperio de los Medos si destronaba á Sardanápalo. Traidor fué Giges, mas con el blanco de usurpar el señorío de la Lidia. Y tú, apóstata y malaventurado Judas, ¿por qué caudales tan inmensos, por qué imperios tan dilatados, vendiste al Supremo Hacedor? Espantaos, cielos; y vosotros, hermanos míos, cerraos los oídos para no oír lo poco que vale Dios en la estimación del hombre. ¡Por treinta dineros le vendió! ¡por treinta dineros! *Constituerunt ei triginta argenteos* ⁴. Pero dije mal; por menos de treinta dineros vendió al Señor de lo criado.

por comparación:

directe. por apóstrofo de indignación.

Porque ¿no sabéis que le puso como en almoneda pública, con aquella indeterminada é impía proposición: *Quid vultis mihi dare, et ego eum vobis tradam?* ⁵. ¿Qué queréis darme y os lo entregare? Y de aquí provino que se contentase á la primera postura, aunque vilísima, con ser él tan avariento y codicioso; de aquí que no regatease un punto ni altercase en cosa ni dijese palabra de la bajeza del precio, sino que, rematando con avidez la malhadada venta, mostró á las claras que la hubiera ajustado y concluido á menos costa, y que, contra la costumbre de los vendedores y negociantes,

y asombro: co-duplicación.

Confirmación; aún menos de 30 dineros.

por autoridad y consiguientes.

¹ Ps. OVIII, 5.—² Ps. LIV, 14.—³ Ps. XL, 10.

⁴ Matth., xxvi, 16.—⁵ Ibid., 15.

no tanto le interesaba el dinero, como deshacerse pronto de la enojosa mercancía. ¿Concertóse nunca venta más desgraciada? ¿Qué vil y despreciable jumento no se vende con mayor formalidad? ¿Dónde ó en qué parte del mundo son los vendedores más fáciles en dar que los compradores en ofrecer? Decidme, ¿qué veis por esas plazas y mercados? Porfiase, riñese, crúzanse mil dares y tomares por subir el precio del heno, de la cebada y del comino un solo maravedí. Pongamos á las mercancías precios engañosos, decíanse unos á otros aquellos mercaderes y robadores en Amós; pongamos á nuestras mercancías precios engañosos y pesos falsos, para poder vender hasta las acheduras del trigo: *Supponamus stateras dolosas, ut quisquiliis frumenti vendamus* ¹. Tal es el afán de ganar en los que venden. ¡Sólo el Criador de cielo y tierra, el Rey de los ángeles, el Unigénito del eterno Padre, es entregado á la primera oferta de treinta dineros! ¡Ah, bien se descubre que no el interés, sino el odio contra Cristo, negociaron esta venta escandalosa!

Amplificación de vergüenza.

por comparación a contrario, eucarística.

por autoridad.

Conclusión en fatica.

Arg. 5.^o Circunstancia tercera. ¿Para qué es vendido?

Los otros para ser salvados.

por ejemplo bíblico: José.

Parte 1.^a La venta: prosopegma.

2.^a parte. El fin de la venta.

VI

Pero ¿qué dije, Dios mío? Todo en esta venta fué insolente y lo más extraño que se vió jamás... También por odio y enconada rabia vendieron á José sus envidiosos hermanos; mas ¿cuánto va de venta á venta, de traición á traición? Figúraseme ver allá en los campos de Dotain al candoroso mancebo; le conozco: la frente serena, el semblante apacible, el mirar manso y de hombre que tiene en Dios su confianza; mirad cómo le sacan de la famosa cisterna para venderlo á mercaderes ismaelitas. Ved cómo le maniatan con recios cordelos como á vil esclavo, y, sin que valgan lágrimas ni detengan súplicas, cargan al infeliz mancebo y al regocijo de Jacob, sobre veloces dromedarios y llévanselo y desaparece volando hacia la banda donde cae Egipto.

¡Desdichado José!, ¿qué hiciste por donde merecieses de tus hermanos tan bárbaro tratamiento? A bien que puedes

¹ Amos, VIII, 5.

consolarle en tu infortunio, porque, si es verdad que te vendieron, mas ¿sabes por qué fin? Para librarte de la muerte. Mejor es, dijoles tu bueno y cariñoso Judas, mejor es que lo vendamos á esos mercaderes que allí pasan: *Melius est ut venundetur*. Si te vendieron, por tu bien te vendieron. Esa hermosa y variada túnica que había de teñirse con tu sangre, será manchada con la sangre de un cordero que en tu lugar desollarán. El lance triste, el caso funesto, la venta inhumana hubiera sido si te vendieran para entregarte á la muerte. Pero alégrate; no es para ti tamaña injuria, tan inhumana crueldad. Reservada está entre el linaje de los hombres al que será llamado por excelencia el Hijo del hombre: *Filius hominis tradetur ut crucifigatur* ¹. Será entregado el Hijo del Hombre para ser muerto y enclavado en una cruz. ¿No es así, hermanos míos? Los que fueron vendidos en sangrientas guerras, fuéronlo con el objeto de rescatar la vida; y las mismas leyes lo confirman, cuando insinúan que se les llama piadosamente *siervos*, de la palabra latina *servare*, guardar ó conservar, comoquiera que conservaban la vida mediante aquella venta ó traslación. De forma que podría decirse en nuestro caso que José fué vendido en calidad de siervo, ya que venderle fué verdaderamente conservarle.

3.^a parte. Aplicación al Salvador a contrario.

4.^a parte. Confirmación por el sacro comin de los siervos.

¿Y en Jesucristo? He aquí el hombre, entre todos los hombres caídos en cautiverio ó servidumbre, el únicamente vendido para ser llevado como oveja al matadero. Y ¿no nos quiebra el corazón tal descortesía, tan villano proceder? ¡Ah Judas, ingrato Judas, infame y sacrilego traidor! Ahora no comprendes qué significa vender á Dios por una nonada y con fin tan diabólico. ¿Qué harás, desdichado, cuando abras los ojos y veas tu falsía y la enormidad de tu culpa? ¡Oh cómo te desesperarás! ¡cómo te embravecerás contigo mismo, y aullarás de despecho y maldecirás la hora y punto de esta venta! ¡Cómo desearás un verdugo piadoso que, en trueque de ese dinero mal acaudalado, te mate de una vez, antes que muera tu Señor! Pero no le hallarás. Tú mismo, ¡oh, el más miserable de los hombres!, te serás

Amplificación de ira y de compasión.

consequentes.

por apóstrofe vehementic.

prosopegma.

¹ Matth., XXVI, 2.

atormentador y verdugo. Mas no es razón que te congojes, porque otro más digno no le hallarías en la tierra. Corre, pues, furioso y desesperado á la funesta horca que te tiene aparejada Satanás en premio de tu maldita traición, y ve revienta por medio y derrama las entrañas, ya que no tuviste entrañas de misericordia con tu buen Maestro. Que tal es la sentencia incontestable del Señor por boca del profeta Amós: Esto dice el Señor: Sobre tres maldades de Israel, y sobre cuatro, no le convertiré, porque vendió al Justo por dinero: *Haec dicit Dominus: super tribus sceleribus Israel, et super quatuor, non convertam eum, pro eo quod vendiderit pro argento Justum* ¹. ¿Qué sentís, hermanos míos, de traición tan nefanda? ¿Cuándo hombre mortal fué vendido tan vil y afrentosamente como el dulcísimo Jesús? ¡Oh injuria! ¡Oh vilipendio infinito! ¡Oh escarnio incomparable del Dios de la majestad!

é hipotiposis de imprecación.

por autoridad:

conclusión de dolor.

Arg. 6.º
Circunstancia última. Infamia que resultó á J. C.

Era Judas su discípulo y apóstol.

Luego la infamia de J. C. fué indecible:

por comparación.

Ampliación de los efectos:

VII

Mas no creáis, hermanos míos, que paran aquí la vergüenza y confusión del Salvador por la traición de Judas. Otra hubo y, á mi entender, más amarga y penetrante, aunque menos ponderada. ¿Sabéis cual fué? La nota é in-famia grande que, de ser quien era la persona del traidor, resultaba al divino Maestro. Porque ¿no era Judas uno de los doce, que es decir la flor de la escuela y discípulos de Cristo? ¿No acababa de salir entonces de su crianza y disciplina? ¿No había de campear en él la maravillosa eficacia de la educación recibida? Gran consuelo para Vos, ¡oh Jesús mío!, con tres años de continuo enseñar y velar y afanar, haber formado y amaestrado un avariento, un traidor, un asesino... Los sobredichos personajes fueron traidoramente vendidos de sus vasallos, ó de sus criados, ó de sus amigos, mas no de sus discípulos, y discípulos en escuela de costumbres, y discípulos por todo extremo amados y participantes de todos sus secretos. ¡Recio golpe en verdad y desventura incomparable! No espere el así derribado ningún

¹ Amos, II, 6.

linaje de compasión, mayormente de la ciega muchedumbre, acostumbrada á juzgar por lo que de fuera se parece. Lo que en el discípulo avieso es refinada malicia, achácase á poca destreza é inhabilidad del maestro, á sus máximas torcidas, á métodos descaminados, á enseñanzas sospechosas; y viene á suceder que el malogramiento de la educación en uno redunde en descrédito de toda la educación y deshonra de toda la escuela. El escándalo, pues, producido, aun en los buenos, del villano comportamiento del traidor, fué, en mi sentir, la herida más honda contra la divina autoridad y fama de Jesucristo. Ésta fué la pesada losa que oprimió su dulcísimo corazón, como dice San Hilario, y le hizo exclamar con pesadumbre infinita: *Tristis est anima mea usque ad mortem* ¹. Triste está mi alma hasta la muerte, por la prevaricación de Judas, por la perfidia de mi discípulo Judas.

Cuando menos es cosa averiguada que, en abriendo los soberanos labios para desahogar con los amigos la congoja de su pecho, turbóse su espíritu, *Turbatus est spiritus* ², y se sinceró el Redentor, y se disculpó y protestó vehementemente que no tenía culpa en la ruina, ya irremediable, de aquel malaventurado. Así interpreta Lorino este pasaje: *Et protestatus est, omnia se, quae corrigendo discipulo apta erant, fecisse* ³. Este escándalo acabó de desatar las lenguas contra Cristo á placer de la muchedumbre; éste envalentonó y dió la victoria á sus malvados enemigos; éste cortó las alas y desmayó por completo á sus abogados y defensores; éste dispersó como ovejas á los tímidos apóstoles. Y es así que, mostrando tan poca estima del Salvador un discípulo tan familiar, un amigo tan íntimo, *homo unguinis*, un apóstol tan regalado, testigo de las maravillas que obraba su Maestro, testigo de su admirable santidad, testigo de su celestial sabiduría, ¿qué habían de hacer los que no tenían en su abono señales tan manifiestas? ¿Qué habían de hacer, hermanos míos? Lo que hicieron... Pero no me obliguéis á recordarlo; no me forceís á trazar de nuevo los horrores y sacrilegios de este día, y traer á vuestros ojos los tormentos

en la muchedumbre.

en el Corazón de Jesús.

por testimonio

en los enemigos de Cristo:

por congeries.

y transición

¹ Matth., xxvi, 38.—² Job, XIII, 21.—³ In Ps. XL, 70.

incomparables del Cordero sin mancilla. Mas si todavía porfiáis, concededme, os ruego, un momento de descanso; porque, si no, desfallecería antes de llegar á la cima del Calvario.

por dubitación
apasionada.

Historia de la
Pasión, por las
circunstancias la
más acerba.

Arg. 7.º
Prendimiento
más injusto.

A nadie se pre-
nde sin sospecha
de delito:

por ejemplo de
inocente José.

Pero al Salva-
dor prenden cuan-
do goza de mayor
estimación.

por testimonio
reciente y univer-
sal:

PARTE SEGUNDA

VIII

Si queréis, pues, saber, amados hermanos míos en el Señor, el concepto que del Salvador hicieron los que no le conocían tanto como Judas, considerad las afrentas y vilipendios con que fué hollado el Dios de la majestad por aquellos tribunales llamados de justicia, y colegid la vileza de su estimación por la ignominia de los malos tratamientos. Y ¿dónde se vió jamás que se apoderase la justicia de una persona de grande autoridad y merecimientos, y reverenciada por el pueblo como santa, sin preceder muy graves sospechas de delito? Contra toda razón, es cierto, prendieron y encarcelaron á José; mas todavía estaba el manto ó capa en manos de aquella mujer desvergonzada, la cual, como le acusase de frustrado adulterio, luego sacó en probanza la malhadada prenda: *In argumentum fidei, retentum pallium ostendit*¹. Divulgóse la infamia, multiplicáronse las acusaciones y procedióse, finalmente, al inicuo prendimiento del reo.

Mas, cuando se procedió al de Jesucristo, decidme: ¿qué infamias corrían de su sagrada persona? ¿qué delaciones precedieron? ¿qué indicios, qué sombra de pecado en aquel inocentísimo Cordero? Antes, por el contrario, se hablaba entonces más levantado que nunca en la estimación pública, y dos días antes habíale aclamado la muchedumbre como á profeta de Dios, predicador excelso y el Mesías prometido. Salía innumerable gente á recibirle, y unos echaban sus vestiduras en el suelo para que pasase por ellas, otros cortaban ramas de árboles y olivos, otros ve-

¹ Gen., xxxix 16.

nían de Jerusalén con palmas en las manos en señal de victoria, y todos á grandes voces le decían: Gloria sea al Hijo de David, Hosanna en las alturas: Bendito el que viene en nombre del Señor, bendito sea y prosperado su reino: *Benedictus qui venit in nomine Domini*. ¿Cómo osaron, pues, prender y encarcelar al Salvador en la cumbre de su gloria y en el apogeo de su reputación, como si fuese señal infalible de criminalidad la universal opinión de santo que se había granjeado: *Ecce mundus totus post eum abiit*¹. He aquí que todo el mundo se va tras él? Esta fue, hermanos míos, la causa decisiva del prendimiento de Jesús, éste el gran pecado del Salvador: que todo el mundo iba en su seguimiento.

(la entrada triun-
fante)

por confesión de
sus enemigos.
Luego.

IX

Y advertid la extraña crueldad con que asieron del Salvador aquellos ministros del demonio. Si hubieran salido al Huerto, no á buscar un delincuente sospechoso, sino á un criminal sentenciado, ¿hubieran podido desplegar más barbarie y fiereza? Ceñase la obligación de ellos, en calidad de ministros de justicia, á llevar á juicio al presunto reo. ¿Por qué, pues, arremeter como manada de lobos hambrientos con el mansísimo Cordero? ¿Por qué arrebatarle con tantas descortesías? ¿Por qué arrastrarle con tanta violencia, como oveja al matadero? *Sicut ovis ad occisionem ducetur*². ¿Quién os autorizó para golpearle su divino rostro? ¿Quién para hollarle y acocerarle? ¿Por qué atarle tan fuertemente que le desolláis los cueros de los brazos? ¿Por qué le herís con los palos y cuentos de las lanzas, entre escarnios y vituperios, con algazara y gritería de sangrientos vencedores? Esto es arrogarse el ministerio de verdugos, no ejercer el oficio de soldados.

Arg. 8.º
Prendimien-
to cruel y enjuiciamiento irregu-
lar.

1.ª parte. Por
anttesis, se me-
janza.

apostroté de ira.

enumeración de
dolor.

¡Así se atropellan en Jesucristo todos los fueros de humanidad, todas las leyes de justicia! Porque ¿qué mayor injusticia que castigar al reo antes de procesarle? Si bien no merece nombre de proceso el enjuiciamiento del Salva-

2.ª parte. Por
autoridad.

¹ Joan., xii, 19.—² Is., lxxxvii, 7.

dor. ¡Ah!, dejadme, hermanos míos, exclamar con el profeta Isaías; aguardé que hiciesen juicio, y veis aquí la iniquidad: esperé justicia, y veis ahí alboroto y vorería: *Expectavi ut facerent iudicium, et ecce iniquitas; justitiam, et ecce clamor*¹. No hubo más ley en juzgar al Redentor divino que el odio, y la perfidia, y la rabia popular. Aquí son unos mismos jueces y partes, fiscales y acusadores, émulos y testigos; aquí, contra la usanza de los tribunales, que no admiten declaración que no venga firmada de puño del testigo y acreditada con juramento público; aquí, digo, se admite como prueba fehaciente todo grito descompasado y toda palabra rencorosa; aquí danse oídos y el más cumplido crédito á la turba soez y al populacho descompuesto y á la gente ruin, perjura, apasionada y sacrilega; en fin, á todos los que la ley excluye por inhábiles para testificar en juicio. *Insurrexerunt in me testes iniqui*²: Levantáronse contra mí testigos injustos y malvados.

por distribución,

por repetición,

é incremento.

Arg. 9.^o
El juicio más despiado.

No se le permite ni justificarse, ni responder:

la bofetada;

amplificación por apóstrofe al sayón, á los jueces,

á los cielos.

X

Y ¿por ventura se le permite á Jesucristo justificar su causa? ¿Danle licencia para que alegue sus descargos y defienda su partido? Injusticia sobre injusticia, hermanos míos. Fuézanle á que dé razón de sus discípulos y doctrina, y cuando abre la boca para responder cortésmente á la pregunta, uno de aquellos malvados que presentes estaban descarga una terrible bofetada en aquel divino rostro: *Unus assistens ministrorum dedit alapam Jesu*³. ¡Oh mano malaventurada!, ¿qué tal has parado el rostro ante cuyo acatamiento se arrodilla el cielo, ante cuya majestad tiemblan los serafines y toda la naturaleza se estremece? ¡Oh jueces perversísimos! ¡oh tribunal de intolerable iniquidad! Si no se quiere que responda, ¿por qué se le pregunta? Y si se le pregunta, ¿por qué no dar oídos al que responde? ¡Jesús desoído! ¡Dios abofetado! ¡Venganza, cielos; desenvainad, ángeles, vuestras espadas de fuego!, que vuestro Rey y Se-

¹ Is., v. 7.—² Ps. xxvi, 12.—³ Joan., xvii, 22.

ñor queda hoy sonrojado y vencido, no ya de soberbios magistrados, sino de vilísimos sayones y soldadesca ruin... No al tribunal: pido que libertéis al libertador del mundo; no exijo tanto de vuestra saña y crueldad; sólo pido que, puesto caso que le hayáis de condenar, useis con su persona de aquel respeto y miramiento que no se niega á los adúlteros, ni á los ladrones, ni á los homicidas. Y ¿á qué culpado se le cerró la boca para no hablar ni una sola palabra en su defensa, según vuestra misma confesión? Por ventura, nuestra ley ¿juzga á ninguno sin oírle primero? *Numquid lex iudicat hominem, nisi prius audierit ab ipso*¹. Antes á todos les otorga la ley amplia facultad para tomarse tiempo y buscar patrocinadores y abogados. Y á Jesucristo le vedáis, no sólo que hable libremente en su descargo, mas aún os da en rostro que responda á vuestras preguntas.

por comparación

y argumento ad hominem;

¿Qué hará, pues, Jesús con magistrados tan perversos? ¿Callará? ¿enmudecerá? Y, aunque le insten y apremien, ¿no responderá ni desplegará sus divinos labios? Sea, hágalo así su divina Majestad: *Sicut homo non habens in ore suo redargutiones*². Como hombre que no tiene qué responder á los cargos que le hacen. Mas ¡oh locura de los hombres! ¡oh paciencia del Hijo de Dios! Si no habla, béfanle como á memo, y atribúyenlo siniestramente, ya á estupidez ó menguado entendimiento, ya á dureza y rebeldía de condición; otros á poquedad de ánimo; y no faltan quienes toman este silencio por confesión callada de los delitos que le imputan. ¿Qué tribunal es éste, donde lo mismo se castiga el responder que se vitupera el callar? Decidme, cristianos oyentes, como tan versados en las historias sagradas y profanas, ¿sufrió reo ninguno forma de juicio más despiada?

argumentación por dilema.

Menor. Es así que si nadie se procesó tan injustamente;

Sé muy bien que cuando aquellos marineros que llevaban al profeta Jonás, visto por las suertes que sólo él era el causador de la furiosa tempestad que puso la embarcación á pique de perderse, no le arrojaron al mar sin primero oírle sus descargos. Así que, instruyéronle causa, diéronle lugar á la defensa, y como si estuviesen en tranquila calma formularon contra él un interrogatorio claro y puntual en

por ejemplo de Jonás: narración sencilla.

prótasis ó el interrogatorio en la borrasca.

¹ Joan., vii, 51.—² Ps. xxxvii, 15.

semejantes términos: ¿Quién eres? ¿de dónde vienes? adónde vas? ¿cuál es tu oficio ó menester? ¿quiénes son tus padres? *Quod est opus tuum? quae terra tua, et quo vadis? quo ex populo es tu?*¹ Y no procedieron á la ejecución de la sentencia hasta que confesó el desventurado profeta que por su pecado había sobrevenido la violenta tempestad: *Propter me tempestas haec grandis venit super vos.* ¡Tan grave parecía, aun á pechos bárbaros, repara el Crisóstomo, omitir los trámites y caminos del enjuiciamiento legal, cuando se ponía en tela de juicio la condenación de un hombre, con ser así que sobre sus cabezas retumbaban horrorosamente los truenos, silbaban en derredor los vientos, y de sus pies levantábanse montañas de espuma que por momentos iban á sumirlos en el profundo.² Y tú, dulce Jesús mío, ¿qué has hecho, que te reputan indigno de honra parecida? Aquí no se recrece ninguna ventaja del apresuramiento, ningún daño ó perjuicio de la demora, y, á pesar de todo, no se guardan con el Salvador aquellos buenos términos que, aun en medio del mar y entre el fragor de espantosos temporales, se guardaron con el desobediente profeta, y no le consienten responder, y le vituperan y culpan el callar. Mejor aún que Job podía lamentarse el Hijo de la Virgen: ¿Acaso no callé? ¿no disimulé? ¿no enmudecí?, y todavía cayó la indignación sobre mi cabeza. *Nonne dissimulavi? nonne siliui? nonne quievi? et venit super me indignatio?*³

apódoxis,

per epifonema

é hipotiposis.

Aplicación á contrario al Salvador.

conclusión por testimonio.

Arg. 10.
La sentencia más injusta.

Otros fueron condenados inocentes.

XI

Pero oid el mayor de los agravios y la sinrazón más enorme en el formular de la sentencia. Bien sé yo que muchos fueron sin culpa condenados á cárceles, á destierros, á cadenas, á perdimiento de bienes, á la horca ó á la hoguera.

¹ Joan., 1, 8.² Sed et nautae, quamvis barbari, eum, qui in iudiciis optimus est, ordinem imitantur; et id quidem tanto pavore, tot fluctibus, tanta in ipsis circumstante procella. Hom. 1 de Poenit.³ Job, III, 26.

Sé también que á varios los envolvieron en esas penas, no por ignorancia de los jueces ó error de entendimiento, sino por malicia y perversidad de corazón. Sócrates y Aristides por inducción histórica. entre los atenienses, Camilo y Escipión entre los romanos, Marianna por Herodes, por Nerón Trasea, Mecio por Domiciano, y Boecio por Teodorico, con tal perfidia fueron condenados. Mas, si fueron condenados sin culpa é inocentes, no lo fueron como inocentes y sin culpa. Desvergüenza semejante, avilantez é inhumanidad tan portentosa, tan descomunal, tan inaudita, era rasgo único para significar el desprecio que se tenía de la vida del Redentor, hecho verdaderamente oprobio de los hombres, cuya gloria era en verdad y ornamento de su linaje: *Opprobrium hominum et abjectio plebis.* Dado que, si por sentimiento natural rehuye el hombre quitar la vida á un villísimo animal, que no es dañino, sino manso é inofensivo, y querría en tal caso evitar la nota de cruel, ¿cómo así se trocaron los instintos de la naturaleza, y se estimó en tan poco la vida del Redentor, que decidiendo el juez en presencia del pueblo que en rigor de justicia no podía sentenciarle á muerte, no obstante le sentenciase á muerte? Oid, si no, la autorizada voz del presidente, el cual, sin rebozo ni cortapisa alguna, y sentado *pro tribunali*, como dice el Evangelista, conviene á saber, (antiestia) con toda la pompa y solemnidad de derecho, promulgó y declaró que no hallaba en Jesucristo causa de condenación, ni sombra de delito merecedor de pena: *Nihil invenio causae in hoc homine*¹. *Nullam causam mortis invenio in eo.* ¿Conque es hallado sin mácula de culpa? ¿Conque es inocente? Entonces, viva Jesús Nazareno luengos y bienaventurados años, goce tranquilamente de su inmaculada reputación, desátese y torne pacífico á su casa. Esto en verdad procedía de tan ilustre confesión. Pero ¡oh juez insolente y dementado! La conclusión fué muy otra por desgracia. Que sea entregado á los sayones, que se le arrastre al monte Calvario, que muera colgado de una cruz. *Et adjudicavit fieri petitionem eorum*². ¡Oh amabilísimo Señor!, ¿qué remedio os resta en juicio tan desatinado, donde no basta ser inocente?

por inducción histórica.

Solo Jesús como inocente:

por testimonio solemnísimo.

del mismo Presidente:

(antiestia)

Amplificación de dolor

por consecuencia natural.

¹ Luc., XXXI, 22-24. — ² Ibid., 24.

por optación ven-
día, tísimo, ni ser declarado solemnemente como tal? Dolíame antes que no tuviese Cristo nuestro Redentor patrono que le defendiese; pero ¿qué más hubiesen podido recabar los Tulios y Hortensios de Roma, los Demóstenes é Isócrates de Grecia, que poner de manifiesto la inocencia del divino reo? Éste fuera el mayor triunfo de la elocuencia. ¡Mas si esa inocencia la reconocía evidéntisimamente el mismo juez: *Sciebat enim quod per invidiam tradidissent eum!*¹ Porque sabía muy bien que lo habían entregado por envidia, y él mismo lo confesó y declaró y confirmó una y muchas veces: *Nihil inveno causae in hoc homine*: No he averiguado ni sombra de culpa en este hombre. *Nullam inveno causam in homine isto*²: En este hombre no hallo ninguna causa. *Quid mali fecit?*³, exclamó asimismo: Pero ¿qué mal ha hecho este hombre? Y á pesar de tan explícito testimonio, ¡oh contradicción sin ejemplo!, no le absuelve, sino que lo entrega á los verdugos y á la muerte.

Arg. 11.
La pena más ar-
bitraria y cruel:

XII

Y ved aquí por qué se le dieron tan bárbara y cruel. Reparad bien esta ponderación extraña, pero verdadera, que alumbra prodigiosamente el caos profundo de los tormentos de Jesús. A ser ajusticiado el Salvador en calidad de peccador ó criminal, debía corresponder la medida del castigo á la gravedad de la culpa, como prevenía la ley por estas palabras: El número y modo de las llagas será según la medida del pecado: *Pro mensura peccati, erit et plagarum modus*³. Debía, ó bien ser apedreado como Nabot, si se le condenaba por blasfemo; ó quebradas las cervices, como Joab, si era reo de homicidio; ó degollado, como Seba, si era convencido de rebelde, y así con otras muertes á proporción de los delitos. Ley inflexible que no era lícito alterar al arbitrio de los súbditos, cuanto más que el soberano Legislador había fijado á determinados crímenes penas fijas y

¹ Matth., xxvii, 18. — ² Luc., xxiii, 14.

³ Luc., xxiii, 22. — ⁴ Deut., xxv, 2.

por falso racio-
nio:

á delitos determi-
nados pena deter-
minada.

lley y ejemplo del
V. I.

determinadas. Jesucristo, empero, como no era condenado por delito alguno particular, ¿qué se colegía, hermanos míos? ¿Qué debía colegirse sino que aquella fiera y descomulgada canalla creyó que podía en aquel caso romper los límites y tasa de la ley, ó más bien que no la quebrantaba aunque multiplicase en su furor sobre los azotes las espinas, sobre las espigas el madero, sobre el madero la hiel y vinagre, sobre la hiel y vinagre las burlas, los escarnios, las befas sangrientas más amargas que la hiel, y, en conclusión, cuantos tormentos y por toda la duración que re-
quería su sed de sangre ó su antojo depravado? ¿Habéis oído jamás que se entregase al delincuente á voluntad de los sayones para que lo atormentasen á su gusto? ¿Qué tan nuevo delito se penó con castigo tan desusado? ¿qué leyes lo autorizaron? ¿qué estados? ¿qué naciones? ¿en qué siglos? ¿qué repúblicas? ¿qué gentes? Sólo contra nuestro Señor Jesucristo, Cordero sin mancha, se ejerció esta arbitrariedad escandalosa, este atropellamiento no menos injusto que bárbaro y salvaje. *Jesum vero tradidit voluntati eorum*¹: Pero á Jesús entrególo á la voluntad de los judíos.

Luego, á deli-
tos indetermi-
dos, pena sin me-
dida:

por climas.

Por esto es insa-
dito,

por interrogacio-
nes vehemates.

Luego la pena fué
incomparable.

XIII

Mas por ventura hallaría Jesucristo alguna humanidad en los verdugos, que mitigasen con la templanza de la ejecución el rigor de la sentencia. Juzgado por vosotros mismos. Suelen los verdugos, cuando se lo permite el oficio, dar á los reos muestras de compasión, antes que de severidad ó mal término. Acostumbran pedirles perdón del acto á que proceden en cumplimiento de su deber, y jamás veréis que agraven por su cuenta el castigo de que son ejecutores. Afilan, por el contrario, la cuchilla para que dé el golpe con mayor celeridad; untan los cordeles y acomodan los fatales instrumentos á fin de aligerar la pena al miserable. Mas con Jesucristo nuestro Señor ¿qué respetos tuvieron? ¿qué compasión mostraron aquellos ministros sin entrañas?

Arg. 12.
La ejecución más
sangrienta.

Transición por
desemejantes.

La flagelación
ponderada por los
adjuntos:

² del número le-
gal de los azotes,

¹ Luc., xxiii, 25.